

BERLÍN 12 de Junio de 1849.

Muy señor mío: Si Ud. ha seguido cuidadosamente en su lento, pero progresivo desarrollo, los complicados sucesos de Alemania, dos consideraciones habrán llamado sin duda alguna su atención: la primera, que la unidad es de todo punto imposible en este país, aglomeración confusa de intereses opuestos, de razas hermanas, pero enemigas, de religiones contrarias y de costumbres diferentes; la segunda, que el *statu quo* instituido por los tratados es igualmente imposible, vista su insuficiencia así para contener como para seguir las aguas de la gran inundación revolucionaria de estos tiempos. Lo último se ve claro en el universal é irresistible deseo que se ha apoderado de todos los ánimos, de introducir grandes alteraciones en el organismo político y social de esta gran región, que ocupa el centro de la Europa. Lo primero se ve con evidencia cuando se ponen los ojos en las tentativas infructuosas y estériles dirigidas á componer con la fusión de los varios pueblos alemanes una nación grande y poderosa. No hay Príncipe ni Asamblea que proclame la unidad, que no sea seguido de algunos. La Asamblea de Francfort ha sido seguida por veintitrés Estados pequeños, y el rey de Prusia por dos grandes Estados: esto prueba el deseo universal de una mudanza. No hay Príncipe ni Asamblea que haya logrado las simpatías y el consentimiento de todos: esto prueba que la unidad absoluta es de todo punto imposible. ¿Cuál será, pues, el resultado probable de todos estos confusos movimientos? El resultado probable, por no decir evidente, será el que he tenido ocasión de anunciar á Ud. mucho tiempo ha: la Constitución unitaria

— 281 —

de dos grandes Naciones; la Alemania meridional y católica, y la Alemania septentrional y protestante. La primera no está constituida todavía, ni se constituirá hasta que el Austria, des- embarazada de los graves negocios que la ocupan, pueda su- jectarla á su influencia. Si la Providencia determinase otra cosa; si el Austria llegara á sucumbir en la gran lucha que sostiene; entonces la Alemania meridional, ó se reuniría á la Francia, ó se constituiría democráticamente: pero en ningún caso forma- ría un compuesto orgánico y regular con la Alemania del Nor- te. En cuanto á ésta, puede decirse que está ya constituida: la llamada alianza entre el Hannover, la Sajonia, y la Prusia, á la cual ya se han adherido algunos Estados, no es otra cosa sino la mediatización de las dos primeras naciones en beneficio de la segunda. Lo que se llama *Presidencia del Imperio Ger- mánico*, no es nada de lo que se llama, porque ni hay tal Im- perio Alemán, ni hay Presidencia semejante. Lo que hay es una verdadera *conquista por absorción*: siendo la Sajonia y el Hannover y los otros Estados adherentes los pueblos conquis- tados, y la Prusia la Nación conquistadora.

Este punto de vista, que es el único verdadero, da á este negocio una inmensa importancia. Una conquista, ó si se quiere moderar la expresión, una gran extensión de territorio, ha sido siempre cosa grave: en el actual estado del mundo es una cosa gravísima, y que puede dar ocasión á complicaciones europeas.

Por lo demás, este gran acontecimiento tiene algo de pro- vidual, cuando se le considera bajo el punto de vista de la historia. La Prusia es una maravilla en la historia de las na- ciones, y la familia de sus Príncipes otra maravilla en la his- toria de las casas reinantes. No hay nación ni familia reinante que no haya llegado á la grandeza por un camino determina- do: sólo la Prusia y la familia de sus Príncipes han llegado á la grandeza por todos los caminos; por el de los tratados, por el de las conquistas, por el de las guerras, por el de las com- pras, y hasta por el de los desastres. Cuando no se han levan-

tado por las grandes virtudes, se han levantado por las grandes perfidias; cuando su engrandecimiento no ha venido de la nación, ha venido de los Reyes: para subir á la cumbre en donde están, se han apoyado con igual éxito, ayer en el absolutismo, hoy en las revoluciones.

Y todo esto en un espacio brevísimo de tiempo. El imperio romano había caído al impulso de los bárbaros del Norte, y el nombre de esa nación se busca en vano en la historia. Pero mientras que las razas alemanas caían sobre las naciones del Imperio, otras razas asiáticas, sumidas en la más abyecta barbarie, ocupaban silenciosamente los inmensos territorios dejados atrás por los pueblos conquistadores: hijos de esas razas, en su mayor parte esclavonas, son todos los prusianos. El siglo décimotercio iba ya bastante adelantado, y el cristianismo se había ya extendido por todas las zonas europeas, cuando la Prusia todavía sacrificaba á los ídolos, y oponía una resistencia constante á la religión civilizadora. En vano el Papa Inocencio III nombró un Obispo de Prusia, para que la iluminara con la luz de la doctrina: esa luz no pudo penetrar en sus bosques. El Sumo Pontífice se vió en la necesidad de publicar una Cruzada contra esa tierra de infieles. Los cruzados fueron tan desgraciados en su empresa, como lo habían sido los pacíficos Misioneros. Resplandecía á la sazón entre todas en armas y en virtudes, la orden gloriosa de los Caballeros teutónicos: el Papa puso á su cuidado la conquista de la Prusia, y se la otorgó anticipadamente en feudo. Entonces comenzaron las grandes batallas que no se terminaron sino con la entera sujeción de los naturales, á fines del siglo décimotercio. Terminada la lucha, la Orden Teutónica gobernó á la Prusia con una soberanía independiente; siendo este el primer ejemplo de una orden convertida en Rey, y ejerciendo colectivamente la autoridad soberana: gobernada al principio por un Provincial; lo fué desde los primeros años del siglo xiv por el gran Maestre, que asentó en Marienbourg la silla de su imperio. El esplendor de este imperio duró cerca de dos siglos, durante los cuales

los grandes Maestres se vieron en el caso de sostener con las armas su potestad, combatida á un tiempo mismo con guerras y con revoluciones. A mediados del siglo xv, se les declaró adversa la fortuna: eclipsada su estrella por la de Polonia, que se levantaba á lo alto, tuvieron que ceder á su mal destino. Por la paz de Thorn, ajustada en 1466, se vieron obligados á ceder toda la Prusia occidental, que se convirtió en feudo de la Polonia, para asegurar su dominación en toda la banda de Oriente: aun así no la aseguraron del todo, como quiera que los grandes Maestres se reconocieron á sí propios con respecto al rey de Polonia en estado de vasallaje.

Siguiendo las cosas de la Orden en rápida decadencia, á principios del siglo xvi resolvieron los caballeros convidar con la silla Gran-Maestral á un Príncipe que por sus influencias fuera poderoso para contrastar su mala estrella, y para procurar á la Orden tiempos más bonancibles. El Príncipe elegido fué el Margrave Alberto de Brandemburgo, de la familia de Hohenzollern, la cual reina en Prusia todavía. Aquí se empalma, por decirlo así, la historia de la Nación con la historia de sus Reyes.

La familia de Hohenzollern había comenzado á echar los fundamentos de su grandeza por una compra: el Burgrave Federico VI de Nuremberg, miembro de esta familia, recibió en prenda, del emperador Segismundo, por un préstamo de 100.000 florines, el Margraviado electoral de Brandemburgo: la prenda se convirtió en propiedad, por la cantidad de 300.000 florines más, en 1415. Después de ganado el Brandemburgo por una compra, hizo la guerra, obligó al duque de Meklemburgo-Stuttgart á confesarse su vasallo, y ganó varios territorios de Sajonia y las Marcas Valeriana y de Priegnitz por la conquista. Su hijo Federico II, siguiendo sus pisadas, acrecentó su poder por conquistas y por compras: por este último medio reunió á sus Estados, en 1455, la Marca nueva, enajenada por la Orden Teutónica en tiempos de sus apuros. Alberto, llamado *Aquiles* por sus hazañas, y por su sabiduría *Uli-*

ses, ajustó un tratado de paz con la Pomeriana en 1479, en virtud del cual esta provincia debía unirse al Brandemburgo, si en la familia ducal llegaba á faltar la posteridad masculina. Tres años después, por el tratado de Camenza, ganó el Ducado de Crossen. Los sobrenombres con que fueron conocidos sus tres sucesores inmediatos, prueban que no había un solo Príncipe de esta afortunada familia que no se recomendase á la posteridad por alguna cualidad eminente. Al uno le apellidaron *Cicerón* por su facundia, al otro *Nestor* por su grandeza pacífica: á Joaquín II, que fué el tercero, le apellidaron *Héctor* por su bravura.

La elección para la silla Gran-Maestral de la Orden, de que hice mérito más arriba, recayó en Alberto de Brandemburgo, cabalmente en consideración al parentesco que le unía con el poderoso elector Joaquín I, á quien apellidaron *Nestor* sus contemporáneos. De esta manera la familia Hohenzollern llegó á fundar sobre las ruinas de Príncipes belicosos, y sobre las de una Orden ilustre, un magnífico principado. La Orden de los caballeros Teutones fué á parar en su ruina por donde pensó llegar á la grandeza. Su nuevo Gran Maestre la asestó el último tiro, y la dió el último golpe. Inspirado por Lutero, con quien hubo de avistarse en Vittemberg, determinó secularizar á la Prusia, convirtiéndola en un principado lego. En 1825 renunció por el tratado de Cracovia su dignidad eclesiástica, rompió todos sus vínculos con la Orden que le había hecho soberano, y se llamó, con el consentimiento de sus súbditos, Duque hereditario de Prusia, recibiendo la investidura de su nueva dignidad del Rey de Polonia Sigismundo. Las reliquias de la Orden Teutónica compusieron su patrimonio, que se acrecentó después con todos los bienes de la iglesia católica, por haber abrazado la religión protestante.

Aquí comienza la verdadera historia de la Prusia: su encargo histórico <sup>1</sup> había sido en lo antiguo representar el paga-

<sup>1</sup> "Encargo histórico," expresión impropia; más bien debe decirse, conforme á verdad y al espíritu del autor, su "odioso papel."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nismo asiático contra el cristianismo europeo: conquistada por los caballeros Teutones, los obedeció, más bien que como fiel vasallo, como una esclava vencida. No siendo poderosa para hacer contraste al cristianismo, tomó sobre sí en los tiempos modernos otro encargo idéntico en la esencia, y diferente en la forma: el encargo de desgarrar sus entrañas haciéndose protestante. Ahora bien: lo que la nación prusiana era entre las naciones, eso mismo era la familia Hohenzollern entre las familias de los Príncipes soberanos. La identidad de ideas y la identidad de encargos de esa nación y de sus Príncipes, explican sus comunes acrecentamientos y su maravillosa grandeza.

Alberto de Brandemburgo, primer Duque de Prusia, dejó sus Estados á su hijo, menor de edad, Alberto Federico, el cual no salió de la menor edad, sino para entrar en un estado de demencia: la rama de su familia reinante en Brandemburgo no quiso que esta nueva ocasión de engrandecerse se resbalara de sus manos. Joaquín II, apellidado *Héctor*, de quien hice mérito más arriba, consiguió por gruesas sumas de dinero, en 1569, la investidura eventual de la Prusia, conjuntamente con su primo el Príncipe menor y demente. Joaquín Federico, su nieto y sucesor en el principado electoral, gobernó la Prusia en virtud de aquella investidura, y en calidad de regente durante la enajenación mental de su segundo Duque. Habiendo fallecido éste en 1618, se realizó el gran suceso de la incorporación de la Prusia Ducal al principado electoral de Brandemburgo, reinando en él Juan Segismundo, uno de los Príncipes electores del Imperio.

Este afortunado Príncipe, al propio tiempo que ganaba la Prusia Ducal, extendía sus dominios por la parte del Rhin, con la adquisición de ciudades populosas. Cuarenta años después, su sucesor Federico Guillermo, llamado *el Gran Elector*, por sus altas prendas y por sus pensamientos levantados, obtuvo por el tratado de Westfalia el arzobispado de Magdeburgo y los obispados de Minden, de Ramin y de Halberstadt, y además una parte de la Pomerania, por la fuerza de sus armas vence-

doras de los suecos. La revocación del *Edicto de Nantes* en Francia arrojó á la Prusia veinte mil protestantes franceses, que fueron á acrecentar su industria y á fertilizar su suelo. A las conquistas del Gran Elector añadió Federico I, príncipe vano, el Principado de Neuchatel y una parte de la Gueldres. Su vanidad fué una causa indirecta del engrandecimiento de la Prusia; como quiera que, teniendo en poco la dignidad de Elector, quiso ser Rey, y lo fué en 1701 poniéndose él propio la corona en la cabeza. No rehusó su beneplácito á esta mudanza el Emperador José I, de quien era feudatario, por presumir que nada tenía que temer de un Príncipe cuyos dominios contenían apenas á la sazón un millón y seiscientos mil vasallos, ni de su inocente afición á las magnificencias y á las pompas. Cuéntase, á este propósito, que el Príncipe Eugenio de Saboya, más avisado, luego que supo el suceso, exclamó que los Ministros que habían aconsejado al Emperador en estas circunstancias, merecían expiar su deslealtad ó su torpeza en un patíbulo: y no andaba errado el Príncipe, como quiera que el dominio eminente ejercido por la casa de Hapsburgo sobre la de Brandemburgo, pudo considerarse como extinguido desde entonces. Sucedió en el trono á Federico I su hijo Federico Guillermo I, cruel, grosero y brutal, apellidado el *Rey Sargento* por sus propios vasallos, el cual convirtió á la Prusia en un cuerpo de guardia, puso en pie de guerra sesenta y seis mil soldados, y atesoró ochenta millones. Todo contribuía igualmente al acrecentamiento de la Prusia: la grandeza de un Gran Elector de vanidad y la rudeza de dos Reyes. De unos en otros fué á dar la Monarquía á manos del Gran Federico, de cuyo nombre, entre todos ilustre<sup>1</sup>, están llenas las historias: arrancando al Austria la Silesia, puso á la altura del gran Imperio su grande Monarquía, y tomando una parte principal en el primer desmembramiento de la Polonia, vengó á la Prusia de sus antiguas derrotas y de sus pasadas afrentas. El millón y seiscientos mil hombres de la Monarquía de Federico I se convirtió en

<sup>1</sup> No se olvide que fué el grande amigo de Voltaire.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

sus manos en seis millones de habitantes: el ejército de sesenta y seis mil hombres de Federico Guillermo creció hasta el número de doscientos mil soldados: y sus ochenta millones se convirtieron en ciento. Si en tiempo de Federico Guillermo II pierde la Prusia, por el tratado de Basilea de 1795, sus posesiones de la banda izquierda del Rhín, se desquita con usura desmembrando segunda vez á la Polonia. Federico Guillermo III, elevado al trono en 1797, se vió señor de ocho millones y medio de almas. El desastre de Jena puso de un golpe en trance de muerte á la Monarquía, y el tratado de Tilsit la quitó la mitad de sus habitantes y la mitad de su territorio.

Cualquiera diría que la fortuna, cansada de su fidelidad, la había vuelto para siempre las espaldas: pero todo sucedió al revés de lo que hubiera podido imaginarse: su vigor orgánico y muscular se reveló á los ojos del mundo en 1813: y las ignominias del tratado de Tilsit fueron borradas por el tratado de Viena: mutilada y cuasi exánime en 1807, por un esfuerzo supremo se pone en 1815 al lado de las cuatro grandes potencias de la Europa. En 1817 su población era de diez millones y medio de almas.

Entre los desastres de 1807 y las glorias de 1815, dos grandes Ministros, el Barón de Stein y el Príncipe de Hardenberg, acometieron y llevaron á cabo reformas prodigiosas en todas las instituciones económicas y civiles: la Prusia fué en estos tiempos tres veces grande: grande por su infortunio, grande por las ciencias, y grande por las armas. El espíritu reformador, teniendo su asiento en el trono, penetró por todos los miembros del cuerpo social, y lo cambió todo pacíficamente: las ciudades se transformaron: los castillos cayeron: los campos se vivificaron: la agricultura se extendió prodigiosamente: la industria tomó un rapidísimo vuelo: los vastos y complicados resortes de la máquina administrativa se movieron á compás, como las infinitas ruedas de un reloj ordenado.

Desde 1815 hasta ahora, dos grandes sucesos han venido á cambiar el semblante de la Alemania, y ambos han sido favora-

bles al engrandecimiento siempre **creciente** de la Prusia: el uno es grande en el orden político, y se llama la revolución: el otro es grande en el orden económico, y se llama la Asociación Aduanera. La Asociación Aduanera dió á la Prusia la dirección económica de la Alemania: **la** revolución, que acaba con otros Estados, ha venido á poner en sus manos el cetro de la dominación política. Con la agregación de la Sajonia y del Hannover y de otros pequeños Estados, parecen sosegados sus vagos deseos, y templadas sus aspiraciones inquietas. Pacífica dominadora en la vasta región Septentrional y protestante, nada puede desear más, que no sea desvarío; á nada más puede aspirar, que no sea insensatez y locura. La Prusia no puede ser menos, pero no puede ser más; y todo esto, hasta el día en que el protestantismo caiga en tierra hecho pedazos: cuando esto se verifique, la Prusia entrará en un rápido período de decadencia. La Prusia vive en el protestantismo, por el protestantismo y para el protestantismo. El misterio de sus glorias<sup>1</sup> está ahí. El protestantismo es el misterio de su muerte. Hoy día, sin contar las que pueden llamarse sus nuevas conquistas, la Prusia tiene catorce millones de habitantes, y cuenta con un ejército que en tiempo de paz es de doscientos mil hombres, y llega á cuatrocientos mil en tiempo de guerra.

En las actuales circunstancias, y cuando la Prusia acaba de poner el pie en la cumbre de su grandeza, no me ha parecido fuera de propósito ofrecer á la consideración de Ud. este imperfecto y brevísimo cuadro de sus progresos y de sus vicisitudes.

<sup>1</sup> ¡Tristes glorias de la herejía protestante!—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

BERLIN, 2 de Julio de 1849.

Muy señor mío: En grave empeño me pone Ud. deseando que le remita nada menos que un informe sobre el origen, progresos y estado actual de la liga aduanera alemana. Pero resuelto de cualquier modo á complacerle, empezaré diciéndole que la mayor dificultad en mí para satisfacer su deseo no nace, como frecuentemente acontece, de la escasez de datos y noticias, sino al revés, de su profusión y abundancia: la dificultad consiste en escoger lo esencial, desentendiéndose de lo superfluo, y en reducir á los límites de una carta lo escogido, siquiera sea esa carta de mayores dimensiones que las comunes.

Esto supuesto, paso, sin necesidad de otro preámbulo, á presentar en extracto ante los ojos de Ud. el cuadro que desea.

#### ORIGEN DE LA LIGA ADUANERA ALEMANA

El origen de esta asociación fecunda está en los progresos de la civilización en general, y en la situación especial en que están puestos unos con respecto á otros los pueblos alemanes.

El progreso de la civilización europea consiste principalmente en una dislocación de influencias sociales<sup>1</sup>. En su infancia predominaron los intereses políticos, en su madurez los mercantiles. En todo el tiempo que se prolonga desde la destrucción del Imperio Romano hasta nuestros días, la Europa se ha ocupado, así durante la paz como durante la guerra, en constituir la unidad política de las naciones; absorbida en esta

<sup>1</sup> ¡Maravilloso progreso!—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)